

PATRICIO AYLWIN, VICEPRESIDENTE DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

# Un Toque de Sensatez

Por RAQUEL CORREA

"Yo estoy dispuesto a conversar con quien sea útil, para avanzar hacia la democracia".

"La civilidad, sin exclusiones, debe llegar a un consenso. Y tendría que proponérselo a la Junta".

"Somos incompatibles con el Partido Comunista, pero eso no significa perseguirlo ni privarlo de sus derechos".

**P**ESE a que llegó a la política casi por casualidad, le ha tocado estar en el centro del escenario en momentos cruciales para Chile. El fue quien —hace algo más de una década— protagonizó el diálogo con Allende; un diálogo que, de haber tenido éxito, pudo haber cambiado el curso de la historia de este país. No se arrepiente de haberlo intentado, como tampoco se arredra ahora de plantear —nuevamente desde la oposición— una postura que, de tener éxito, podría cambiar la historia política futura.

Varias veces presidente del Partido Demócrata Cristiano, ex senador por su zona (Curicó, Talca, Linares y Maule), hasta la clausura del Congreso, hoy intenta construir un puente para la reconciliación nacional, lo que no tiene nada de raro en este hombre de diálogo, de foro y de entendimiento.

Alto, de buena figura, moderado, confía que su vocación más profunda es la justicia. La heredó de su padre —quien fuera presidente de la Corte Suprema—. Recuerda que ejercía activamente su profesión —era profesor universitario y consejero del Colegio de Abogados—, cuando de pronto, su vida derivó hacia la política y, aunque se sentía "en comisión de servicio", ahí se quedó. "Vi que el problema profundo de la justicia no se resolvía en los Tribunales, ni perfeccionando el Derecho —explica reposadamente—. En un país en crisis económica y social como el nuestro, si uno busca la justicia tiene que intervenir en la cosa pública".

## Camino pavimentado

—Siempre se repite que la Democracia Cristiana fue la que pavimentó el camino al marxismo. ¿Qué responde usted?

—Esa no es más que una consigna, una frase clisé. Fue al revés: la Democracia Cristiana demostró que hay posibilidades distintas del marxismo de hacer una transformación social que satisfaga las aspiraciones de justicia de los sectores más postergados.

—Ese juicio se refiere a los cambios que la DC impulsó, como la tenencia en la tierra, por ejemplo. Dicen que si no hubiese existido el Gobierno de Frei, no habría sido posible el triunfo de Allende.

—Eso es absolutamente falso. Allende estuvo a punto de triunfar en 1958: perdió por treinta mil votos... Yo, francamente, creo que la que le pavimentó el camino al marxismo fue la derecha, porque resistió durante demasiado tiempo las transformaciones que eran necesarias en este país. Y eso polarizó la política nacional.

—Y, ¿qué responsabilidad atribuye a su colectividad en el acto mismo de la entrega del poder a Allende?

—No fuimos nosotros quienes dijimos que el que ganara por un voto sería elegido Presidente de Chile: lo dijeron don Jorge Alessandri, entonces candidato a la presidencia, y don Onofre Jarpa, presidente del Partido Nacional. Después de la elección no habría sido serio prestarnos para la farsa de que el señor Alessandri fuera elegido en el Congreso pleno, renunciara y se hiciera una nueva elección... Tampoco fuimos nosotros, sino la derecha —concretamente don Jorge Alessandri y Onofre Jarpa— quienes rechazaron la segunda vuelta electoral que propusimos antes de la elección.

—A la luz de lo que ocurrió en el país, si usted pudiese volver a estar a la cabeza de esa decisión, ¿la variaría?

—...Habría que remontarse más atrás. A la luz de lo que ocurrió. Yo habría hecho más de lo que hice. Porque el planteamiento de la campaña de 1970 se hiciera en otros términos.

## El diálogo

—Siendo presidente del PDC usted dialogó con Allende en 1973 y estuvo muy cerca del diálogo con este Gobierno; ¿Con cuál diría que es más difícil entenderse: con Allende o con Pinochet?

—Con Pinochet, mucho más difícil. Con Allende era posible entenderse, aunque, en definitiva, no tuvo poder o capacidad para materializar lo que él quería y acordamos. Allende estuvo dispuesto a soluciones razonables, pero elementos de la propia Unidad Popular, se lo impidieron. En cambio, este caballero está en una posición inflexible, a mi juicio poco razonable, puesto que no permite la posibilidad de acuerdo sin que todos nos sometamos a su voluntad. Sus últimas declaraciones y las contradicciones con Jarpa son muy reveladoras. Pinochet dice que se va a cumplir la Constitución y punto. En tanto Jarpa ha dicho que se adelantará un Congreso...

—Si usted fuera el Ministro del Interior, ¿qué haría?

—Renunciaría. Juzgando los hechos, puramente, considero que la posición de Jarpa es insostenible. Como parto de la hipótesis de la buena fe, creo que debe tener algún fundamento para quedarse. Pero, en los hechos, su presencia no ha significado ningún avance real hacia la democracia.

—¿No le parece avance el estudio y anuncio de pronta promulgación de las leyes políticas?

—La ley de partidos políticos y todas las demás leyes políticas, insertas

en el cuadro de la Constitución del 80, no conducen a ninguna democracia. Si se dictaran todas esas leyes, y en 1989 el país comenzara a funcionar conforme a lo programado —"como está escrito" para emplear las palabras de Pinochet— en Chile no habría democracia porque la Constitución, en sus aspectos sustanciales, no es democrática. No basta que un Congreso pueda ser elegido mayoritariamente, si no tiene verdaderas facultades legislativas y fiscalizadoras, si no tiene atribuciones para reformar la Constitución... En definitiva, estas leyes políticas no son apertura, sino una forma del gobierno de entretener al país.

—Pero lo que verdaderamente me angustia —cambia el tema— es la tremenda crisis que vive el país. Estamos en el fondo de un hoyo muy profundo y no veo que se pueda salir sin un esfuerzo solidario de todos los chilenos. Lo grave es que estamos tremendamente divididos. Cuando se aplica la lógica de la guerra, la división de los chilenos en amigos y enemigos: cuando hay varios miles de chilenos exiliados, alrededor de un millón de cesantes, cuando existe una situación de injusticia y persecución; cuando hay, sobre todo, prepotencia policial, vejatoria para los sectores más modestos, se impide toda posibilidad de esfuerzo mancomunado. ¿Qué haría la clase media o alta de este país si llegara a sus casas la policía en las noches a sacarlos de la cama, allanarles sus hogares...? ¿Qué habría pasado en el gobierno anterior si se hubiera hecho esto?... Leía que don Pedro Ibáñez habla de la ignominia y la vergüenza de la reforma agraria. ¿Cómo calificar problemas como Lonquén, los desaparecidos, las torturas, el exilio. Todo el aparato policial persecutorio que opera en el país? No están dadas las condiciones para una reconciliación...

—Y usted, como político opositor, ¿no es uno de los que se niegan al diálogo con el gobierno?

—Entendámonos. Nosotros no nos hemos negado al diálogo, sino reconocido el hecho de que el general Pinochet —y quienes actúan en su nombre— no están dispuestos a llegar a ningún acuerdo... El oficialismo ha creado la imagen falsa de la intransigencia de la oposición, haciendo creer que el gobierno está en un plan de democratización y que la Alianza es rupturista y exige, como condición previa, que Pinochet se vaya, se forme un gobierno provisional y una Asamblea Constituyente.

—Eso era, exactamente, lo que la Alianza planteó en su documento "Bases para el diálogo".

—Sí, pero cuando se realizó la pri-

jó pendiente esa condición. En el discurso que pronunció Gabriel Valdés, como presidente de la Alianza Democrática, el 13 de abril último, dijo que la Alianza buscaba un acuerdo nacional entre todas las fuerzas políticas y sociales sobre una Constitución; que, a su juicio, el mejor camino era una Asamblea Constituyente, pero que puede haber varias formas de alcanzar esos objetivos; que lo importante era lograr el consenso. Concretamente, propuso buscar un consenso con los sectores democráticos que lo deseen, sobre el Estatuto Constitucional que resuelva el actual conflicto de legitimidad —por el cual algunos reconocen la validez de la Constitución y otros la impugnamos— con el fin de crear un consenso que sea la base del arco constitucional del país. Nosotros no fuimos los intransigentes, sino el régimen.

## Las Fuerzas Armadas

—Si dice que la oposición no es la intransigente, dígame, ¿están dispuestos a dialogar, de nuevo, con el gobierno?

—Yo estoy dispuesto a conversar con quien sea útil para avanzar hacia la democracia. Pero si el general Pinochet dice que a él no lo moverá nadie! de su punto de vista, es inútil conversar con él o con quien dependa de él. Por eso, hemos planteado que el entendimiento de la civilidad tendrá que ser con las Fuerzas Armadas que son, en definitiva, la base fundamental de sustentación de este régimen.

—¿Con quiénes, específicamente?

—En este momento, la representación de las Fuerzas Armadas la tiene la Junta que, además, está investida del poder constituyente. Llegado el momento de un gran acuerdo cívico, se le tendría que proponer a la Junta.

—Se ha dicho que tal proposición significa tratar de poner una cuña entre el general Pinochet y las Fuerzas Armadas...

—No. No se trata de eso. Se trata de buscar una salida razonable. Porque aquí toda la disputa se ha planteado en torno al problema de la legitimidad. El régimen dice que es legítimo y que su Constitución es legítima. Y nosotros decimos que consideramos que la Constitución y el gobierno son ilegítimos. Y así, no nos pondremos nunca de acuerdo.

—Usted propuso no discutir eso.

—Claro. Si es cierto que la mayoría del país —incluso de sectores que apoyan al régimen— quiere democracia, pongámonos de acuerdo en qué cambios habría que introducir al régimen institucional chileno para que fuera de-

Presidente de la República y del Congreso. En ese acuerdo de la civilidad deben entrar todos los sectores, sin exclusiones.

—¿Los comunistas, también?

—También.

## El comunismo

—¿Usted cree que los comunistas quieren democracia?

—Por lo menos así lo aseveran... Si se lograra un acuerdo en este plano —y no es imposible lograrlo— sobre la base de consensos mínimos para garantizar la democracia...

—Usted es realista. ¿Cree, realmente, que alguna vez podría llegar el gobierno militar a dialogar con una oposición en la cual está incluido el Partido Comunista?

—No digo que tuviera que dialogar con el Partido Comunista. Pero hay una cosa: le guste o no le guste al régimen militar, y nos guste o no nos guste a los que no somos comunistas —incluso a los que somos adversarios comprometidos a fondo, del comunismo— lo cierto es que en Chile hay un porcentaje que es comunista. Esto es muy trágico, pero es cierto y esta realidad no se termina por decreto.

—Pero, ¿a usted no le gusta?

—A mí no me gusta el comunismo. Yo preferiría que no hubiera comunistas, pero no los puedo eliminar. Es una realidad en Chile. El comunismo trabaja al largo plazo, provocando la polarización. Y la política del general Pinochet, en definitiva, está sirviendo al Partido Comunista. Y cuando el Partido Comunista mantiene o respalda actitudes violentistas y el "Movimiento Manuel Rodríguez", está sirviendo a la dictadura. Se apoyan recíprocamente. El general Pinochet va a pasar a la historia y el Partido Comunista va a seguir existiendo en Chile y, por el camino que vamos —con esta crisis política, económica y social— va a ser más fuerte en 1989 de lo que era cuando el general Pinochet asumió el poder.

—¿No está de acuerdo con su proscripción legal?

—No. Si ha estado proscrito todo este tiempo. ¿Cómo se explica que once años después de guerra frontal, el comunismo siga siendo la gran amenaza?

—Al margen de lo jurídico, ¿piensa que es un error político ponerlo fuera de la ley?

—Exactamente. Si por principio soy contrario a la proscripción, desde el punto de vista práctico le digo que en ningún país democrático ha llegado el comunismo al poder. Sólo se ha establecido en países donde regía una dictadura que perseguía al comunismo como a su mayor enemigo.

—Muchos piensan que en Chile no se estableció sólo gracias a la intervención de las Fuerzas Armadas.

—Yo creo lo contrario. Si no hubiera ocurrido todo lo que ocurrió el 11 de septiembre y el proceso chileno se hubiera mantenido dentro del marco constitucional, el régimen de Allende habría sufrido un repudio muy grande de la civilidad y el Partido Comunista habría terminado disminuyendo su poderío.

—En su entrevista a "The New York Times" el general Pinochet se refirió a la falta de definición de la Democracia Cristiana respecto al Partido Comunista. ¿Por qué no se define claramente frente al tema?

—¿Pero si lo hacemos todos los días!

—En forma vaga, dicen sus contendores. O en forma individual.

—¡No! Lo hicimos clarísimamente en nuestro documento básico de consenso que fijó la línea política del partido, hace dos años y medio; rechaza la posibilidad de una alianza política con el Partido Comunista y declara que somos incompatibles, que tenemos principios distintos y perseguimos un modelo de sociedad diferente; que rechazamos su subordinación a la Unión Soviética, y su estrategia del empleo de la violencia tanto como su concepción totalitaria de la sociedad. Pero rechazar la alianza política con el Partido Comunista no significa proscibirlo, ni perseguirlo, exiliarlo, privarlo de derechos... Y yo no puedo dejar de defender lo que considero justo porque a mi lado hay un comunista defendiendo lo mismo. Nosotros creemos que la mejor forma de luchar contra el comunismo es realizando una política económico-social de justicia para las necesidades de las grandes mayorías postergadas y, por otra parte, favoreciendo la existencia de un movimiento socialista, democrático, independiente de los comunistas. Es vital para la estabilidad de la democracia futura en Chile, la existencia de un Partido Socialista democrático semejante a los que existen en las grandes naciones europeas.

—Tanto del sector pro gobierno como de la propia oposición, se plantea que la Alianza Democrática es inoperante; que no ha sido capaz de proponer una alternativa válida de gobierno, que está desmovilizada... ¿Cómo la ve usted?

—Es explicable esa impresión, porque el proceso de gestación de una alianza democrática profunda requiere tiempo. Sobre todo después de once años de receso político. Las dictaduras provocan un proceso de atomización política. En España, después de Franco, surgieron más de cien partidos. En Chile, después de la caída de Ibáñez, en 1931, hubo más de treinta partidos. Pero esa atomización está en vías de superarse. El Consejo Nacional Consultivo, que se realizó la semana pasada y al cual asistieron representantes de todo el país, fue promisorio en cuanto a la capacidad de entendimiento, de colaboración.

—La propia Alianza se encontró fallas serias como que decidió reformularse...

—No lo niego. Pero el problema de fondo es que el régimen empuja al enfrentamiento.

—¿No es rupturista la oposición democrática?

—Nosotros queremos el cambio de régimen, no aceptamos meternos dentro del régimen, pero no queremos un enfrentamiento violento. Queremos una evolución pacífica y razonable en que todos tenemos que estar dispuestos a ceder algo. La proposición que yo hice significa que nosotros no hacemos hincapié en nuestra tesis de la ilegitimidad del gobierno y de la Constitución, como cuestión previa.

—¿A quién representa su planteamiento? ¿A usted? ¿A la Democracia Cristiana? ¿o a la Alianza Democrática?

—Es —como dije— un planteamiento exclusivamente personal que no compromete a nadie: ni a mi partido, ni a la Alianza. Pero ha sido recibido con simpatía por gente de mi partido y de la Alianza, y creo que ése —u otro semejante— interpreta al hombre sensato, al hombre medio, que quiere que nos dejemos de pelear y busquemos una salida.

—Pero, para empezar, ¿su partido va a apoyar su planteamiento?

—Mi proposición es el mecanismo para realizar el planteamiento hecho por el Partido Demócrata Cristiano, por boca de Gabriel Valdés, en cuanto a buscar un entendimiento de todos los sectores democráticos primero, y, luego, de éstos con las Fuerzas Armadas.

—Se dice que el 11 de septiembre se promulgaría la ley de partidos políticos, y la postura oficial de la DC es no someterse a esa normativa.

—Exactamente. Yo soy un decidido partidario de que el Partido Demócrata Cristiano no entre en el juego de la ley de partidos políticos. El voto de mi partido, como el voto de la Alianza al respecto, han sido redactados por mí.

—¿Y no le parece contradictorio proponer que no se discuta la legitimidad del gobierno, pero rechazar todo lo que él hace por considerarlo ilegítimo?

—No lo estamos rechazando porque sea legítimo o ilegítimo, sino porque no conduce a avanzar hacia la democracia: simplemente lo que pretende es hacernos entrar al sistema haciéndonos comparsas de la dictadura. Si la alternativa es ir a un Congreso en el cual no le podemos ganar ni una al Presidente, aunque tengamos la mayoría; a un Congreso del cual se puede ser inhabilitado en cualquier momento por el Tribunal Constitucional so pretexto de que se votó una moción inconstitucional; ir a un Congreso que carece de facultades fiscalizadoras; a un Congreso de opereta para formar parte de un show y darle apariencia democrática al régimen, yo —dignamente— no iría. Y si no vamos a ese Congreso, nos cancelan la personalidad jurídica por no haber elegido un número suficiente de parlamentarios y, en consecuencia, dejamos de ser partido.

—Entonces, ustedes no van a entrar a los partidos legales. ¿Cuál es la alternativa?

—Si la mayoría de los sectores democráticos de este país no van a acogerse a la ley de partidos políticos, la ley de partidos políticos será una ley formal, sin vigencia, que demostrará la orfandad del régimen.

## Gesto opositor

—¿Cuál debería ser el gran gesto de la oposición?

—Mi proposición es un gesto. Considero que el gran obstáculo para la vuelta a la democracia es el general Pinochet; pienso que la Constitución habría que hacerla de nuevo mediante una Comisión Constituyente, sin embargo, opto por el camino de la negociación y no del enfrentamiento. Estaría dispuesto —personalmente— a no rechazar la ley de partidos políticos, a condición de que se aprobara una reforma constitucional que hiciera del Congreso un verdadero Parlamento, íntegramente generado por elección popular, con atribuciones legislativas y fiscalizadoras reales, con la posibilidad de reformar la Constitución. Pero, mientras eso no ocurra, aceptar la ley de partidos políticos sería caer en una trampa.

—¿Dispuesto a la negociación y llamando a protestas?

—¡Ah, no renuncio a la presión social! La única manera de que atiendan y estén dispuestos a conversar una salida razonable es que se sientan presionados por el sentimiento mayoritario del pueblo. Por eso mantenemos la protesta.

—¿Con la protesta se apura la llegada a la democracia plena?

—Eso de la democracia plena es una pamplina, una expresión inventada para dar la impresión de que vamos camino a la democracia, que ahora hay algo de democracia, pero después tendremos más. ¡La verdad es que estamos en una dictadura y vamos hacia un régimen que significa la elección de un dictador cada ocho años, bajo la tutela de las Fuerzas Armadas!

## Más aliados

—La Alianza se ha visto muy interesada en captar adherentes también hacia la derecha...

—Exacto. Debemos procurar ampliar el acuerdo de fuerzas democráticas hacia ambos lados, ojalá a todo el espectro de la vida cívica chilena. Porque la democracia se funda en un gran acuerdo de los adversarios. Y ese acuerdo democrático, pacto constitucional o arco constitucional, no significa alianza para gobernar juntos ni para hacer una política determinada, sino que un acuerdo sobre ciertas reglas del juego, en el plano institucional y en el plano económico social. El país, para salir de la crisis, requiere un pacto social y, para la vuelta a la democracia, es necesario un gran entendimiento de los sectores políticos y de las Fuerzas Armadas. Se requiere de un acuerdo mínimo y nosotros estamos dispuestos a buscar esos acuerdos.

—¿Con qué sectores, hacia la derecha, cree que será más fácil y con cuáles más difícil ese consenso?

—Veo un acercamiento claro con el Partido Nacional. E, incluso, por ciertos planteamientos que le he oído al joven Allamand, tengo la impresión personal de que, con Unión Nacional, también habría cierta posibilidad de entendimiento... Y no me parece posible —en este momento— con la UDI ni con el MAN; los veo más negados a un acuerdo de tipo democrático.

—Pero lo que me angustia —insiste— es pensar en el futuro. Vamos a ir cada vez peor, en lo económico y en lo social. La polarización política va a ser cada día mayor. Al paso que vamos, en un tiempo más la gente sensata va a estar de más, no tendrá nada que hacer. Y esa es responsabilidad fundamental del general Pinochet, porque él tiene el poder. Si en verdad es estratega, debería mirar a largo plazo y comprender que su deber es abrir posibilidades para una reconciliación nacional. También es responsabilidad de las Fuerzas Armadas porque, se diga lo que se diga, las Fuerzas Armadas en Chile no son solamente garantes de un orden constitucional, sino que están vitalmente comprometidas en este régimen. Ellas tienen una responsabilidad que deben pesar ante la historia.

